1378 C

E. LOPEZ-MARÍN

«LA CONDESA X»

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estreno: Teatro Eslava de Madrid, 19 Diciembre 1903

COLECCIÓN SORIANO

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1904

6.22110

Al maestro

Jacinto Benavente

su sincero amigo y entusiasta admirador

E. López-Marín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EMILIA	Srta. Pascuala Mesa.
PAULINA	Ana Quijada.
SALOMÉ, doncella	Mercedes Baró.
PELAYO	Don Manuel Salvat.
PABLO	Ricardo Puga.
EL GENERAL ESTRELLA	Fernando Viñas.
MARIO TROMPETA (1)	Antonio Camacho.
EL DOCTOR CELIS	Enrique Moreno.
PRÓCULO, municipal	José Balsalobre.
MARCELINO, criado	José Delgado.

La acción en Madrid.—Actual (otoño)

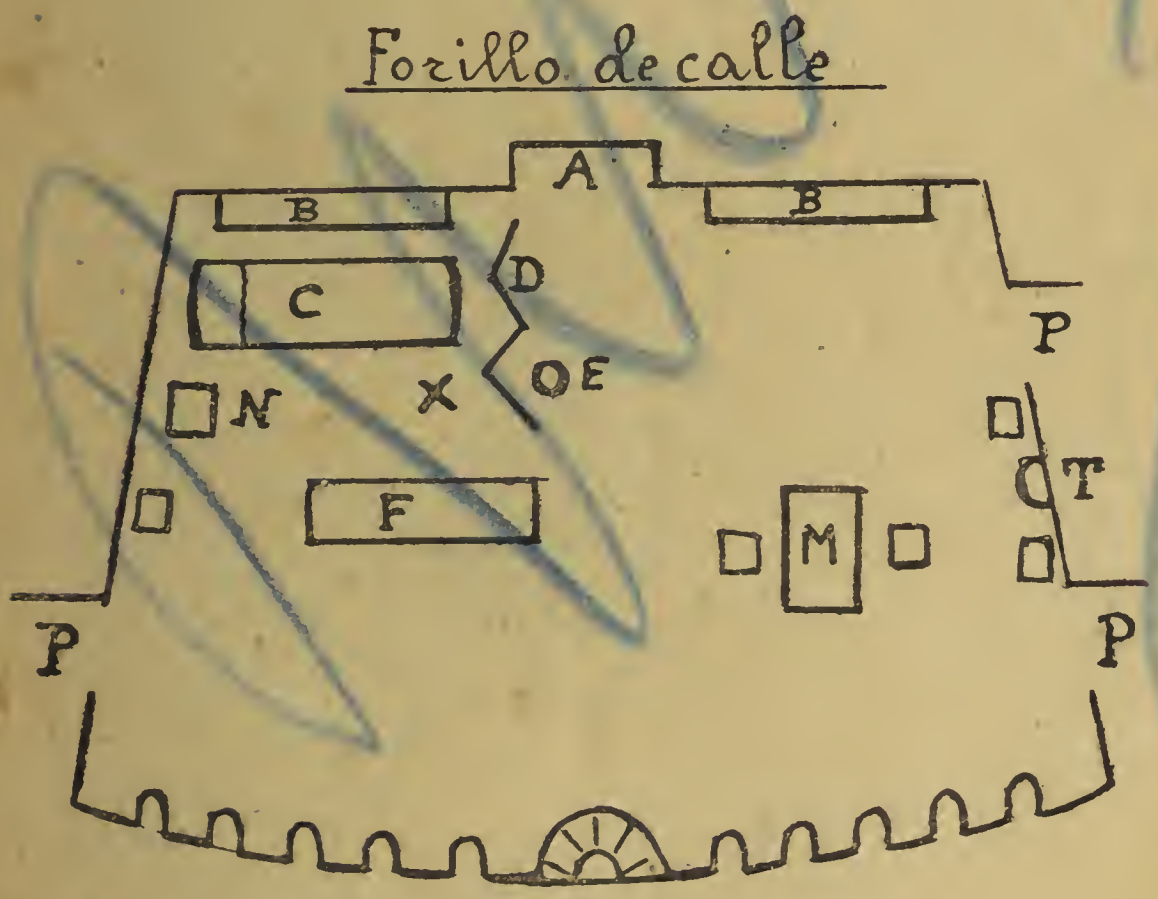
Derecha é izquierda, las del actor

(1) Desde la tercera representación se encargó de este papel el discretísimo y joven actor Eugenio Peral.

ACTO PRIMERO

Sala-biblioteca decoradada con lujo y buen gusto.—Mobiliario moderno.

PLANO DE COLOCACIÓN



A—Balcón practicable con puertas vidrieras.
B B—Estanterías corpóreas llenas de libros.
C—Cama de madera oscura, bien vestida.
D—Biombo artístico de cuatro ó cinco hojas.
E—Velador auxiliar con libros, periódicos y un timbre.
F—*Chaisse-longue.*

M—Mesa sin cajones. Sobre ella libros, recado de escribir, albums artísticos, periódicos, etc., etc.

N—Mesa de noche con palmatoria y un *verre d'eau.*

P—Puerta practicable.

T—Teléfono.

X Perchero de pie con ropa de caballero.

□ Sillas de madera, no tapizadas.

Pendiente del techo, en el centro de la escena, aparato de luz eléctrica con cuatro lámparas (no se encienden). Varias sillas volantes en sitio conveniente. Es de dia. Mucha luz delante del forillo.

ESCENA PRIMERA

MARCELINO terminando de poner en orden la habitación, arreglando los papeles de la mesa, etc., etc. Viste traje negro de americana y corbata blanca. SALOMÉ asomada al balcón. Breve pausa

MARC. Vamos, niña, ¿se va usted á pasar la tarde en el balcón?

SAL. Esta calle de Alcalá, en una tarde de toros, es una delicia, y este balcón es un coche parado.

MARC. Como todos los entresuelos.

SAL. (Bajando al proscenio.) El día que nos vayamos de esta casa, voy á tener un disgusto.

MARC. ¡Ah! pero, ¿nos mudamos de aquí? (Salomé ayuda al criado en el arreglo de la habitación.)

SAL. No es difícil.

MARC. Será por el jaleo del Círculo. Toda la noche está subiendo y bajando gente.

SAL. No es por eso.

MARC. ¿Qué ocurre?

SAL. Que desde la separación del matrimonio, parece que el señorito Pablo le ha tomado odio á la casa.

MARC. Lo creo.

SAL. ¿Quién tiene la culpa de lo que ha pasado?

MARC. No lo sé. Oyéndole á él, la señorita Emilia por sus celos ridículos.

SAL. Y oyendola á ella, el señorito Pablo por ser

como es, tan blando de corazón, tan infeliz y tan...

MARC. ¡Usted qué sabe!

SAL. ¡Más que usted!

ESCENA II

DICHOS, PELAYO, tipo de bohemio bien vestido. Sale por la primera derecha

PEL. ¿No hay otro sitio en la casa para estar de palique?

MARC. Perdone usted, don Pelayo. Estábamos arreglando esta habitación.

SAL. Como usted no madruga.

PEL. ¡Yo me levanto á la hora que me parece!

MARC. Pero nos parece que se levanta usted un poco tarde para...

PEL. ¡Bueno, bueno! No tengo que dar á ustedes explicaciones. (Se dirige al balcón, contempla el panorama y enciende un pitillo de cuarenta y cinco.)

MARC. No nos faltaba aquí más que un huésped como éste.

SAL. ¿Lo ve usted? Cosas del señorito... ¿Quién le manda meter en casa un tipo así?

MARC. Es verdad.

SAL. Cuando dormía en los bancos del Botánico, no tenía esos humos.

MARC. ¡Ah! ¿pero este punto?...

SAL. Sí, señor; es un golfo. Ha sido compañero de colegio del señorito Pablo... Le encontró perdido, en medio de la calle.. y ahí lo tiene usted, á cuerpo de rey, secretario particular.

MARC. Yo creía que era un forastero que estaba en casa por unos días.

SAL. ¡Sí, sí! Y mire usted si es bonachón el señorito que le ha puesto el dormitorio aquí, en la biblioteca, porque no había otro sitio más independiente. Una habitación tan hermosa.

MARC. Vamos, este es un *vivo*.

PEL. (Saliendo del balcón y bajando al proscenio.) Marcelino.

MARC. Señor.

PEL. Eche usted á correr con estas cartas á la Central, que son las cuatro. Esta va certificada. (Dándole tres ó cuatro sobres cerrados.)

MARC. Muy bien. Habrá que poner los sellos.

PEL. ¡Claro!

MARC. Por eso digo. (Alargando la mano para pedirle dinero. Pelayo se mete los dedos en el bolsillo del chaleco.)

PEL. Que le dé á usted dinero el señorito Pablo; yo no tengo suelto.

MARC. (¡Milagro!) (Mutis Marcelino por la segunda izquierda.)

ESCENA III

PELAYO y SALOMÉ

PEL. Salomé, tráeme un pañuelo limpio.

SAL. ¡Señorito, si le he dado á usted uno antes de almorzar!

PEL. ¿Y eso qué tiene que ver, para que después de almorzar necesite otro?

SAL. Nada.

PEL Se ha manchado de tinta. (Saca del bolsillo un pañuelo blanco manchado de tinta y se lo entrega.)

SAL. Habrá que echarlo en la colada.

PEL. Echalo donde quieras.

SAL. Luego dice el señorito que dónde están sus pañuelos.

PEL. Pues dile que en la colada.

SAL. Sí, pero...

PEL ¿Me va á negar á mí? ..

SAL. No tendrá usted queja de él.

PEL Me quejo, sí, señora. Eso es aparte. Me quejo. (Sorpresa en Salomé.) Sé lo que piensas; que es mi bienhechor, mi abominable bienhechor.

SAL. ¿Cómo? (Más sorprendida.)

PEL. ¿Crées tú que le debo algo porque me da hospedaje en su casa?

SAL. ¿No?

PEL. Esto en él es cuestión de temperamento; un vicio como otro cualquiera. Un día se trae á casa un perro perdido; otro día un gato con una pata rota; después un golfo muerto de hambre ó de sueño... ¡Si esta casa es la «Posada de la soga»!... ¿Qué mérito tiene que lo haga conmigo?

SAL. Sin embargo, don Pelayo...

PEL. Además, todo hay que decirlo, yo vivía feliz en la miseria, sin obligaciones, sin nada, pero libre, independiente. ¿Y ahora?... ¿Cuál es mi situación?... Me encontró en medio de la calle. Yo llevaba tres días creyendo que se habían declarado en huelga todos los cocineros de Madrid.—«Chico... ¿Tú? ¿Mi amigo de la niñez? ¿En ese estado? A mi casa ahora mismo.» ¿Y qué?... Pues nada, que aquí me tienes bien trajeado, comiendo á mis horas, fumando tabaco habano, y, que quieras ó no, con treinta duros mensuales como secretario particular, es decir, hecho un esclavo. Por dorada que sea la cadena, no es menos odiosa la esclavitud.

SAL. ¡Vaya un agradecimiento!

PEL. ¿Crées tú, interesante fámula, que la libertad del hombre se paga con ciento cincuenta pesetas, sin descuento, dos tacos de Henry-Clay y un pañuelo limpio? ¿Sabes tú lo que es la libertad?

SAL. No, señor.

PEL. El derecho de hacer cada cual lo que le dé la gana. (Intenta darle un abrazo.)

SAL. ¿Qué es eso?

PEL. Un ejemplo de libertad.

SAL. Pues conmigo no se tome usted esas libertades.

PEL. ¿Lo ves? Eres como tu amo, y preguntas que por qué me quejo... Ahí lo tienes. Voy á darte un abrazo, que es la cosa más natural del mundo, y te opones. Es decir, tampoco tú sientes el sagrado respeto á la libertad ajena. ¡Esta casa es una cárcel! ¡No hay oxígeno puro! ¡No se puede respirar! (Transición.) Tráeme un pañuelo limpio.

SAL. En seguida. (Mutis primera izquierda.)

ESCENA IV

PELAYO y PABLO, tipo elegante, por la segunda izquierda. Después SALOMÉ, con un pañuelo limpio, por la primera izquierda

PABLO (Entra poco antes del mutis de Salomé.) ¿Qué haces, hombre? ¿Le estás pronunciando discursos á la muchacha?...

PEL. Sí. ¡Ay de mí! (Suspirando.)

PABLO ¿Qué te pasa, suspiras?

PEL. ¡Naturalmente!

PABLO ¿Has tenido algún disgusto?... ¿Con quién? ¿Por qué? ¡Habla!

PEL. Cada cual entiende la vida á su manera. ¡Esto es horrible!

PABLO Pero, ¿qué es?

PEL. Que en esta casa no se tropieza nunca con la menor contrariedad. (Entra Salomé y le da el pañuelo.) ¿Lo ves? ¡Hasta los pañuelos ¡Dios mío! se los traen á uno á la mano! (Mutis Salomé por la segunda izquierda.)

PABLO Como lo hacen conmigo.

PEL. Pues eso es. Que aquí todo es agradable, dulce... ¡Que esto es vivir en el taller de un confitero!

PABLO ¿Quieres que te traten á palos?

PEL. Quiero hallar obstáculos para vencerlos, para que haya lucha por la vida, porque la lucha es ley natural. El hombre que no es luchador, es un autómata, un maniquí lleno de serrín, ¡un pelele!

PABLO ¿Te has vuelto locó?

PEL. ¡Loco! ¿Por qué estoy yo aquí? Porque soy un hombre sin voluntad, porque no sé decir que no á nada. Me hablaste de la niñez, de tu fortuna... ¿qué iba á hacer yo? Seguirte y exponerme á esto. (Con cierta indignación)

PABLO ¿A qué?

PEL. A vivir con sosiego, á que no me falte nada, á que pasen los días y los meses sin que venga á preguntar por mí ¡ni un mal sastre de portal!

PABLO ¿Qué dices?

PEL. ¡Tanto como yo hacía sufrir al chico cuando venía con la cuenta!

PABLO ¿Hasta que le pagabas?

PEL. ¡Jamás se dió ese caso! Lo que se llevaba el chico á lo mejor era... el gabán para que le echase forro nuevo.

PABLO ¿Pero no cobraba nunca?

PEL. Ni por el forro. Eso es lo normal, lo corriente; pero yo no soy un hombre vulgar.

PABLO Tú eres un tipo extraordinario.

PEL. Ven acá, criatura. ¿No comprendes que si los sastres cobrasen todos los créditos y el oficio no tuviera esas quiebras, todo el mundo sería sastre?

PABLO Eso sí.

PEL. Pues bien, la Naturaleza, que es más sabia que el hombre, ha dividido la sociedad en dos clases: los que pagan y los que no pagan. Dale á los industriales parroquianos que no dejen á deber un céntimo y te arrastran todos los empleados de la Curia, que también tienen derecho á la vida.

PABLO ¡Buena teoría!

PEL. ¿Normalizas las costumbres? Cierras la Fábrica de Papel Sellado, le quitas á la Hacienda un ingreso formidable, en una palabra, arruinas la nación.

PABLO ¡Delicioso!

PEL. Por otra parte, si los chicos de los sastres no se dedican á la busca y captura del parroquiano que se hace el loco, ¿para qué sirven esos angelitos?... Te digo que con hombres como tú, que todo lo pagan adelantado, la vida sería un aburrimiento. Nosotros, los de la acera de enfrente, somos la válvula, el regulador .. ¡y no hay quien me saque de esta teoría!

PABLO Bueno, bueno. Calla si puedes y contéstame. ¿Has almorzado bien? ¿Hay por aquí alguna novedad?

PEL. He almorzado bien. Novedades, no hay que yo sepa... Digo, sí. La portera ha sufrido esta mañana un leve dolor de cabeza; el loro

del médico no ha dicho en toda la tarde está boca es mía, y la cocinera se ha cogido el vestido con una puerta y se ha hecho un siete... así de largo.

PABLO ¿Te estás burlando de mí?

PEL. Sí.

PABLO ¿Por qué?... ¿Te parece mal que me interese por todo el mundo?... ¿que me inspire lástima el que sufre?.. ¿que proteja al desvalido?... Es mi manera de ser. Quisiera la felicidad para todos.

PEL. ¡Bravo!... El altruismo es la religión de los hombres civilizados. ¿Qué te parece este aforismo?

PABLO ¡Hermoso!... ¿Es tuyo?

PEL. Sí, señor. Me lo encontré en una hoja de almanaque.

PABLO Pues está bien.

PEL. Pero tú quieres felicidad para los demás á costa de la tuya.

PABLO ¡Algo hay de eso!

PEL. ¡Mucho! Ahora mismo sufres la ausencia del tirano doméstico, ¿no es cierto?

PABLO Cierto. Y lo que más me indigna es que Emilia se ha separado de mí porque me supone un marido licencioso, disipado...

PEL. Eso prueba que no te conoce. ¿Sospechar de tí, Pablito de mi corazón?...

PABLO Es que las apariencias...

PEL. ¿Cuáles?... Nunca me has dicho...

PABLO No puedo hablar de estas cosas con serenidad, y cada vez que recuerdo sus injustas acusaciones, ¿podrás creerlo? me dan ganas de llorar. (Pelayo tararea entre dientes un canto popular.) ¡No tienes corazón!

PEL. En cambio el tuyo es un tarro de guindas en almíbar.

PABLO ¿Porque adoro á mi mujer?

PEL. ¿Lo merece?... ¿Te adora ella y se va?... Enemigo que huye...

PABLO Pero como marido de Emilia, tengo el deber moral de...

PEL. De nada. Aprende de mí. En cuanto una cosa tiene asomos de obligación... ya me es-

toy declarando en huelga. Soy un absolutista. Si pudiera... torcería hasta la corriente de los ríos ¿Hay nada más hermoso para el hombre que rebelarse contra toda ley de sumisión?

PABLO ¿Es que para tí no hay leyes, ni respetos sociales ni?...

PEL. No me hables de cadenas. ¡El hombre es libre como el espacio!

PABLO Muy bien, pero así como yo no me opongo á que tu hagas lo que quieras, déjame tú que yo haga lo que me dé la gana.

PEL. El único deber ineludible para mí es el de traerte al buen camino.

PABLO ¿Cual es, según tus teorías?

PEL. ¿No te lo digo?... Yo soy libre y quiero que tú lo seas. Pablo, no te doblegues á esa obligación mal entendida que llamais matrimonio. ¡Viva la libertad!

PABLO No quiero escucharte porque me envenenas.

PEL. ¿Qué crees tu que es un suicida?

PABLO ¡Un loco!

PEL. ¡Un rebelde!... Un ser á quien le han impuesto la obligación de vivir.

PABLO ¡No desatines!

PEL. ¿Hay que aceptar la vida á la fuerza? Bueno: pero sin dogales, sin que le digan á uno: «Por ahí tienes que ir.» Yo iré por donde me dé la gana. (Saca un retrato en postal.) Aquí tienes un apóstol de esta religión. ¡Qué tío tan grande!

PABLO ¿Quién es ese?

PEL. ¡Garibaldi! Y á propósito, ¿qué dice á todo esto el bizarro General Estrella?

PABLO ¿Mi suegro?... ¿Qué quieres que diga? Como él siempre anda en líos de mujeres, crée que soy lo mismo, y casi le da la razón á su hija.

PEL. ¡Hola!... ¿Conque el General anda en esos trotes?

PABLO Es viudo, es libre...

PEL. ¿Lo ves?... No tiene á quien darle cuenta de su conducta.

PABLO Sí, pero... el General...

ESCENA V

DICHOS. SALOMÉ segunda izquierda

SAL. (Entrando.) Con permiso.
PABLO ¿Qué quieres?
SAL. (Como dando una noticia inesperada.) La señorita y su papá.
PABLO ¿Mi mujer y mi suegro aquí?... (Muy sorprendido.)
PEL. ¡Vaya!... Parlamento tenemos.
SAL. Desean ver al señorito.
PABLO Que pasen, que pasen en seguida. (Mutis Salomé segunda izquierda.)
PEL. (Medio mutis por la primera derecha.) ¡Adiós! No quiero ver lástimas.
PABLO (Deteniéndose.) ¿Te vas?
PEL. Sí. Adivino la escena de ternura y no quiero verte hacer pucheros.
PABLO Hombre... tengo que recibirles.
PEL. ¡Que sí! ¡Que sí! Volverás al cepo conyugal, y si comprendes que soy un estorbo...
PABLO Déjate de eso.
PEL. Con la indicación más leve salgo de aquí tocando el tambor.
PABLO No hay necesidad de semejante cosa. (Dirigiéndose hacia la segunda izquierda.)
PEL. Por si acaso. (Toma un libro grande que hay sobre el velador.) «Historia de la revolución francesa.» (Leyendo el título en el lomo.) ¡¡Estos sí que eran hombres!!... Voy á ver las estampas. (Mutis por la primera derecha.)

ESCENA VI

PABLO, el GENERAL ESTRELLA, traje de levita, tipo elegante, cincuenta años, EMILIA traje elegante de paseo. Entran por la segunda izquierda, en cuya puerta se halla Pablo

PABLO Pasen ustedes al gabinete.
GEN. Lo mismo da. ¡Buenas tardes!
PABLO Como ustedes quieran. Bienvenida, Emilia.

EMIL. (Con sequedad.) Buenas tardes, caballero.

PABLO Estaba aquí con un amigo y ahora salía á recibir á ustedes.

GEN. Déjate de ceremonias.

PABLO Tomen ustedes asiento. (Ofreciendo sillas.)

GEN. Siéntate, Emilia.

EMIL. Estoy bien así. (No se sienta ninguno de los tres.)

PABLO Como quieras.

GEN. ¿Qué hay, mala persona? ¡Ya ves como venimos á verte! ¿A que no te esperabas esta visita?

EMIL. Nada más lejos de su ánimo.

PABLO Te engañas. Precisamente estaba hablando de tí.

EMIL. Diría usted horrores.

GEN. Vaya, chiquilla, no empecemos. (A Pablo.) No le hagas caso. Ya sabes lo que es. Venimos á...

EMIL. ¡A estorbar!

GEN. No digas desatinos.

EMIL. Probablemente, estaría organizando alguna cena con las bailarinas del Real.

GEN. ¡Si no hay ninguna que valga la pena!

EMIL. ¿Cómo lo sabes?

PABLO ¡General!

GEN. ¡No me explico! Quiero decir que... (Sin saber por dónde salir para remediar la indiscreción.)

PABLO Lo comprendo; que soy incapaz de semejante cosa.

GEN. ¡Justamente!

EMIL. ¡Como que él va á decir la verdad!

PABLO Pero, mujer, óyeme...

EMIL. No me tutée usted. Se lo prohibo. Entre nosotros no hay nada que autorice esas confianzas.

GEN. Yo hablaré; se acabó. Tú (A Pablo.) ya me conoces.

PABLO Sí, señor.

GEN. Soy un padrazo que sólo desea la felicidad de esta muñeca mañosa. Quería reconciliaros...

PABLO ¿Y por qué no, mi general?

EMIL. Porque es imposible reconciliarse con un hombre como usted. Después de todo, no

vengo á hacer las paces. Vengo á recoger algunas cosas que dejé aquí olvidadas.

PABLO Todo cuanto hay en esta casa te pertenece.

EMIL. Gracias.

GEN. ¡Muy bien dicho! ¿Oyes? ¿Ya estarás contenta?

EMIL. ¿Yo?

GEN. Bueno; es natural. Con estos disgustos ni tú, ni yo, ni éste. Dile al pobre Pablo lo que quieres y que te lo manden á casa.

PABLO ¿Ha dicho usted «pobre Pablo?» ¿Me compadece usted?

GEN. Sí, hombre, sí; te tengo una lástima muy grande. Tienes cara de bueno.

EMIL. No tiene más que la cara.

PABLO General, interponga usted su influencia para que...

GEN. ¡Si no hago otra cosa! Vamos, hija mía, no seas así. Pablo te quiere. Hacéis las paces, te quedas con tu marido, y...

EMIL. ¡Pero papá!

GEN. Sí, mujer, si comprendo lo que quieres decirme. (Haciendo señas á Pablo para que no proteste de lo que va á decir.) Que algunas veces se ha portado mal contigo.

PABLO ¡General!

GEN. (Sin dejarle hablar.) No me digas nada. Todos los hombres somos iguales. (Confidencial.) Ya sabes que yo á pesar de mis años, no le he perdido la afición al sexo bello.

PABLO ¡Pero yo!

GEN. Tú el primero. Sígueme la corriente. (Alto.) Conque, señor mío, (Con severidad cómica.) pida usted ahora mismo perdón de sus culpas y aquí se olvidó todo.

PABLO ¡Por Cristo santo! Pide perdón el que peca. Yo no la he faltado en nada.

GEN. Sí, hombre, sí; dí que sí, y pide perdón. ¿Qué trabajo te cuesta?

PABLO ¡Y dale!

EMIL. ¿Va usted á negar lo que han visto mis ojos?

GEN. Eso es. ¿Cómo vas á negar eso?

PABLO ¿El qué?

GEN. Eso que han visto los ojos de ésta.

EMIL. ¿Va usted á negar que hace un mes, cuando volví de San Sebastián, un día antes del que usted me esperaba, le encontré sentado en el comedor, con una mujer?

PABLO No.

EMIL. ¿No le decía usted cariñosamente «come, hija, come?»

PABLO Sí.

EMIL. ¿No estaban ustedes comiendo juntos?

PABLO No. ¡Lo he dicho cien veces! La estaba dando de comer.

EMIL. ¡Vaya una defensa!

GEN. Vamos, Pablito, que en el propio comedor conyugal...

PABLO Siendo una cosa ilícita hubiera ido á otra parte. Encontré á esa pobre señora desfallecida, cayéndose... Es la viuda de un militar, amigo de la niñez, que murió en Cuba.

GEN. Haberle dado cinco duros.

PABLO Eso ya lo hice después.

EMIL. ¿Y la modistilla de la calle del Carmen?

PABLO Era una huérfana infeliz, hija de otro compañero de colegio.

GEN. ¿También?

PABLO Sí, señor. Yo tengo un corazón así; no puedo ver sufrir á nadie, porque no puedo.

EMIL. Teniendo esa vocación, ¿por qué en vez de casarse no se hizo usted Hermana de la Caridad?

GEN. Hay cosas que no se pueden creer. Además es preferible que seas un pillo á que te llamen bobo.

PABLO ¡No nos entenderemos! (Muy incomodado y levantando la voz.)

EMIL. Lo mismo digo yo. (Idem.)

GEN. Siguen las firmas. (Idem.)

PABLO (Idem.) Bueno, pues con permiso de ustedes. ¡Esto es inaguantable! Usted, señora, es una celosa ridícula, y usted, General, es un mameluco. Hemos concluido. (Mutis por la segunda izquierda.)

ESCENA VII

El GENERAL y EMILIA

EMIL. Papá, te ha llamado mameluco.

GEN. ¿Y qué? No me ofende.

EMIL. ¿No?

GEN. Si supieras historia, sabrías que los mamelucos pertenecían al cuerpo de caballería creado por el General Bonaparte. Pero lo que sí me molesta es esta forma de marcharse.

EMIL. ¡Es muy fino!

GEN. Es que tú también le quemas la sangre con esos celos tan extremados.

EMIL. ¡Págala ahora conmigo!

GEN. No se puede martirizar á un hombre con tal insistencia.

EMIL. Si fuera verdad que tiene ese corazón y que le da por proteger á todo el mundo...

GEN. Y, ¿por qué no ha de serlo? Después de todo más vale que le dé por practicar las obras de misericordia que por practicar otras cosas. Vaya, Emilia, aquí te dejo. Estos asuntos se arreglan mejor entre los dos solos. Si á la hora de comer no estás en casa... mañana volveré á felicitaros por la reconciliación.

EMIL. Será inútil; ya lo verá usted.

GEN. ¡Tonta!... ¡Si lo estás deseando!

EMIL. ¿Cómo voy á negar yo que le quiero?

GEN. Pues, entonces... Adiós, hija mía. No seas tan celosa. El hombre... es el hombre, y la... mujer... es todo lo contrario. Vaya, adiós. Adiós, mal genio.

EMIL. Mira que si...

GEN. No oigo nada. Adiós (Mutis por la segunda izquierda.)

ESCENA VIII

EMILIA

Bueno, me quedo; pero como si no. ¡No me he de ablandar aunque estemos solos! ¡Qué tengo yo mal genio, dice papá! ¿Tengo yo mal genio?... ¿Y él? En vez de arrodillarse y pedirme perdón y decirme: «mujercita mía, yo te quiero mucho, ya no lo haré más...» ¡Nada! Que era una viuda... Que era una huérfana... ¡Claro!... Como va á confesar él... ¡Monstruo!... ¡Canalla!... ¡Sinvergüenza!

ESCENA IX

EMILIA y PELAYO, por la primera derecha

PEL. (Sale á la última palabra anterior.) ¡Servidor!

EMIL. Perdone usted, caballero. No es á usted á quien me dirigía.

PEL. Ya lo supongo, señora.

EMIL. Hablaba yo sola, como los locos. Tengo algunos disgustos con mi marido... Con Pablo.

PEL. ¿Usted es Emilia?

EMIL. ¿Me conoce usted?

PEL. He oído á Pablo, infinitas veces, hablar de su esposa.

EMIL. ¡Ah! ¿Usted es el amigo con quien estaba cuando llegamos?

PEL. Sí, señora. (Esta es la que me va á poner al fresco.)

EMIL. Amigos de la niñez, es claro.

PEL. ¿Cómo lo sabe usted?

EMIL. Porque todos sus conocimientos son de esa época.

PEL. Pues, sí, señora, íntimos. No tiene secretos para mí.

EMIL. ¿En ese caso sabrá usted todo lo que nos sucede?

PEL. ¿Cómo no, señora?... Por eso creí no verla á usted jamás por esta casa.

EMIL. ¿No?... (Inquieta.)

PEL. (¡Hay que echarla de aquí!)

EMIL. Sí; tiene usted razón. Pero ya que he vuelto no debo permanecer aquí ni un minuto más, después de...

PEL. Después de... todo lo que ha sucedido no debe usted permanecer en esta casa ni un minuto más.

EMIL. Ahora mismo iba á salir. Estaba recogiendo algunos recuerdos... (Maquinalmente, coge una palmatoria, un vaso y un libro; lo primero que halla á mano sobre la mesa.)

PEL. ¿Quiere usted que la ayude?

EMIL. Gracias. ¡Ay! ¡Las cosas del matrimonio! Estamos con un pie en el divorcio....

PEL. Y con una mano en la reconciliación. ¿No?

EMIL. Eso es.

PEL. (Pues si vuelves aquí me he lucido.)

EMIL. ¡Quince días sin vernos!

PEL. ¡Qué tranquilidad!

EMIL. No lo crea usted. Yo sentía la nostalgia de su cariño. Y hace poco, trataba de justificarse con tal acento de sinceridad... que he dudado entre quedarme ó salir de aquí para siempre.

PEL. (Me parece que aquí voy á manchar pocos pañuelos de tinta.)

EMIL. Dígame usted, caballero, ¿es cierto que Pablo tiene tan buen corazón?

PEL. De mazapán.

EMIL. Entonces... ¿usted opina que debo perdonarlo todo y volver?...

PEL. (Con rapidez.) ¡Nunca! ¡Eso nunca! ¡No lo merece! Señora, yo no soy un egoista que por la presión de un favor recibido, olvida lo que debe á la verdad. No le aconsejo á usted por ahora...

EMIL. Lo mismo creo yo.

PEL. Son ustedes incompatibles.

EMIL. Yo soy muy celosa de su cariño.

PEL. Y él, en cambio, reparte los pedazos de su corazón como si fueran contraseñas de teatro. A todo el que pasa.

EMIL. ¿No está triste desde que yo falto de aquí?

PEL. ¿Triste?... ¡Quiá! Todo lo contrario. ¡Es una pandereta! Siempre tan ocurrente, tan decidor, tan risueño, tan... tan... tan... (Vaya una música. Estoy tocando á fuego.)

EMIL. ¿Conocerá usted á su secretario?

PEL. Sí.

EMIL. Es un perdido que ha metido en casa, otro protegido. Ya sé la casta de pájaro que es. Me lo ha dicho la portera que fué su patrona hace tiempo.

PEL. ¡Hay muy mala gente por el mundo!...

EMIL. No, pues como yo vuelva, verá usted lo que tardo en ponerle de patitas en el arroyo.

PEL. No debe usted volver. Ya le digo á usted que aquí se da posada á todas las peregrinas guapas que se presentan.

EMIL. ¡Como que eso de la protección es el antifaz!

PEL. Sí, señora; Pablito es un limosnero de amor.

EMIL. Pero yo me voy á enterar de quién entra y quién sale.

PEL. ¿Por dónde?

EMIL. Por la portera. Así lo cogeré *infraganti*.

PEL. ¿Por la portera? Tampoco se lo aconsejo á usted. ¿Conoce usted bien á la portera? Es una bruja. (Con misterio.) Su primer marido murió envenenado.

EMIL. ¡Qué horror!

PEL. ¡Tiene enterrados á cuatro!

EMIL. ¡Qué atrocidad!... ¿Y no le han podido probar?...

PEL. No había pruebas legales. El marido que tiene ahora, no es su marido; es otra víctima que prepara.

EMIL. ¡Pobre hombre!... ¡Parece un infeliz!

PEL. ¡Un alma de Dios! Ya ve usted, es guardia municipal...

EMIL. Me alegro mucho de saber todo eso. En cuanto al libertino de Pablo...

PEL. Ese merecía tropezar con una portera... (¡Ave María Purísima!)

EMIL. ¡Yo le arreglaré! Adiós, caballero. Me ha hecho usted mucho daño... pero me voy agradecida.

PEL. Señora, á los pies de usted.

EMIL. No diga usted palabra de lo que hemos hablado.

PEL. Eso mismo iba yo á suplicarle.

EMIL. Convenido. Beso á usted la mano.

PEL. Servidor de usted. (Mutis Emilia por la segunda izquierda. Pelayo la saluda con una profunda reverencia y llega hasta la puerta por donde salió.)

ESCENA X

PELAYO bajando al proscenio y como arrepentido del lío que acaba de armar

¡Que Dios me perdone! pero bien sabe Dios que lo hago con la mejor intención. Si les ayudo á hacer las paces... Pablo volvería á la esclavitud y yo tendría que salir botando de aquí. Esto sería lo de menos, claro está, pero creería Pablo que desdeñaba su protección y más ahora que ya hemos hablado de mudarnos á otra casa que tenga habitaciones independientes para todos. ¿Qué menos puedo hacer por un amigo de la infancia, que sacrificar mi libertad para conseguir la suya?... Algún día me lo agradecerán los dos. ¡Qué duda tiene!...

ESCENA XI

PELAYO y MARCELINO segunda izquierda

MARC. Está usted servido.

PEL. Muchas gracias. ¿Tú sabes por dónde anda el señorito?

MARC. Abajo. Paseando por la acera y viendo la gente que vuelve de los toros.

PEL. Distracción inocente.

MARC. Está esa calle de coches que no se puede cruzar de un lado á otro.

PEL. ¡Luego dicen que no hay dinero! (Mirando á la calle desde el balcón.)

MARC. ¡Ya lo creo! Lo que hay es que está mal repartido.

PEL. Así debe ser para que haya lucha por la vida.

MARC. Diga usted, don Pelayo, ¿ha estado aquí la señorita Emilia?

PEL. Y el General.

MARC. Me ha parecido verla salir sola.

PEL. Sí; hace un momento se fué de aquí. Eso no tiene arreglo.

MARC. ¿Usted cree que no?...

ESCENA XII

DICHOS; por la segunda izquierda PABLO y PRÓCULO, guardia municipal con el número 75, que traen á PAULINA desmayada sobre una silla ordinaria; SALOMÉ detrás

PABLO (Dentro.) ¡Pelayo!... ¡Marcelino!... (Llamando á voces) ¡Pronto!...

MARC. El señorito llama. (Saliendo al encuentro.)

PEL. (Al ver entrar el grupo.) ¿Qué pasa?...

PABLO Una desgraciada que acabo de recoger... (La colocan en el centro de la escena.) Marcelino, suba usted corriendo á casa del Doctor Celis; que baje en seguida.

MARC. Voy volando. (Mutis segunda izquierda.)

PABLO Tú, Salomé; en el cuarto tocador hay éter, sales inglesas, agua de melisa, ¡pronto!... ¡Tráelo todo!

SAL. En seguida. (Mutis primera derecha.)

PRÓC. ¡Si no acudimos tan prontu la pisotean!... (Enjugándose el sudor con la manga.)

PABLO ¡Pobre señora!

PEL. ¡Y es muy guapa!

PABLO ¡Está helada! (Tocándole una mano.)

PEL. ¿Me quieres explicar esta nueva escena del *don Juan* saliendo con *doña Inés* en brazos?

PABLO ¿No lo has oído? Una señora que acabo de recoger.

PEL. ¿Pero dónde?

PABLO En la misma puerta de casa. Estaba yo en la acera viendo el desfile de carruajes. Se ha desmayado en mis brazos.

SAL. (Por la primera derecha.) Aquí están los frascos, señorito.

PABLO Venga el éter. (Lo toma y se lo acerca á Paulina para que aspire.) Próculo, usted se puede retirar y muchas gracias.

PRÓC. De nada, señurito. Si ocurre algu... abajo estoy. Hasta las siete no entru de serviciu.

PABLO Bueno, bueno.

PRÓC. Y me alegraré que nun sea cosa mayor. (Salomé permanece al lado de Paulina.)

PEL. Veremos ahora, cuando baje el médico...

PRÓC. Buenas tardes. (Mutis segunda izquirda.)

PABLO (1) ¡Ha sido un susto tremendo! Esta señora iba á atravesar la calle. Un diablo de muchacho cruzaba delante; el tranvía se le echó encima; ella creyó que lo atropellaba y empezó á dar gritos: «¡Lo ha destrozado! ¡Hijo mío» y cayó desmayada.

PEL. Pero, ¿el muchacho?...

PABLO Se escurrió haciendo regates por entre los coches.

PEL. ¡Vaya por Dios!

PABLO ¿Qué iba á hacer yo? ¿Llevarla en un coche á la casa de socorro como á tí cuando te emborrachabas vilmente?...

PEL. No es el mismo caso.

PABLO Es una señora. No hay más que verla.

SAL. ¡Parece que no respira, señorito!...

PABLO Anda, mira á ver si baja ese hombre ó qué hace. (Mutis Salomé segunda izquierda.) Una señora así, despierta sobre el hule de la casa de socorro y se muere de aprensión.

PEL. No da señales de vida. Habrá que aflojarla el corsé.

PABLO Quita, quita; ¿qué vas á hacer?

---

(1) Pelayo, Salomé, Paulina y Pablo.

PEL. Dar expansión á esos pulmones. Que entre el aire con libertad.

PABLO Cuando baje Salomé. (En este momento cada cual la sostiene por una mano. Breve pausa.)

PEL. Las mujeres bonitas no debieran desmayarse nunca.

PABLO ¿Por qué?

PEL. Hombre... porque es un compromiso.

PABLO Ya vuelve... Me ha apretado la mano.

PEL. Y á mí.

PAUL. (Con voz débil, sin abrir los ojos.) ¿Eres tú?...

PEL. Señora...

PABLO ¡Calla!

PAUL. (Como en sueños.) Sí, sí... Es el viejo militar que me sigue á todas partes... Yo no le hago ningún caso... ¿no me crées?

PEL. (Afectuosamente.) Tú tienes la culpa, hija mía. ¡Si no salieras sola de casa!

PABLO Pero, ¿qué dices? ¿Por qué la tuteas?

PEL. Cállate, Pablo. Es que delira y crée que está con su marido ó con su amante: ¡Vaya usté á saber! (Paulina abre los ojos, mira fijamente á Pablo y Pelayo como queriendo recordar las caras.)

PAUL. ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? (Soltándose de ellos bruscamente.)

PABLO No tema usted, señora. Está usted en casa de un caballero en cuyos brazos ha tenido usted la bondad de caer desmayada.

PEL. ¡Eso es!

PAUL. ¡Gracias! ¡Gracias! (Suspira. Pablo la ofrece un frasco.)

PABLO Aspire usted un poco de éter.

PAUL. No. Un poco de agua.

PEL. En seguida. (Se la sirve.)

PAUL. (Tratando de recordar) ¿Qué me ha pasado?

PEL. Un *cangrejo*. (1)

PAUL. ¿Qué?

PABLO Nada; un susto. El tranvía que iba á atropellar á un chico... (Bebe el agua que le ofrece Pelayo)

---

(1) Así se llama en Madrid á los tranvías pintados de rojo. Donde no los haya, puede suprimirse esta frase porque serán muy capaces de no entenderla.

PEL. Pero el chico se escurrió bonitamente y usted se desmayó.

PAUL ¡Ah! (Respirando con fuerza.)

PABLO ¿Se va pasando?

PAUL Sí; tengo mucho frío; pero ya estoy mejor. Cómo pagar á ustedes... (Se levanta lentamente.)

PEL. Señora, por Dios, es un deber de humanidad. ¡No hemos hecho nada!

PABLO Tendré el honor de acompañarla á su casa.

PAUL. No es necesario. Cuando vuelva mi esposo, que salió esta mañana de caza, vendrá á dar á ustedes las gracias. Entre tanto... ¡Dios mío! (Con gran turbación y angustia.)

PABLO ¡Señora! ¿qué es eso?

PAUL. ¡Dios mío! (Muy angustiada.)

PEL. ¿Se pone usted peor?

PAUL. (Sollozando.) No señor, no, no es eso. Es que... ¡¡no me acuerdo cómo me llamo!!

PABLO Tranquilícese usted. Eso no tiene importancia. Está usted agitadísima.

PEL La emoción... El... la... lo...

PAUL ¡No me acuerdo!

PEL. (¡Demonio!)

PABLO (¡Es particular!)

PEL. ¿No lleva usted tarjetas, algo...?

PAUL. No; nada.

PABLO Bueno, es igual. ¿Dónde vive usted?

PAUL. En la calle de..... treinta y dos, segundo... ¡Ay, de mí!... (Llora.)

PEL. ¿Cómo se llama su marido?

PAUL. (Tratando de recordar.) ¡No sé! ¡no me acuerdo!

PEL. (¡No se acuerda de nada!...)

PABLO Esa crisis pasará en seguida. ¿Le ha ocurrido esto alguna otra vez?

PAUL. Sí; dos veces. Siendo niña me caí de un caballo, y cuando desperté del desmayo... me pasó lo que ahora; había olvidado los nombres de todos. El médico dijo que era un caso de... ¡no me acuerdo!... y tarde quince días en recobrar la memoria.

PABLO ¿Quince días? (Asustado.)

PAUL. Pero no quiero mortificar á ustedes. Déjenme salir. (Llorando.) Llamaré á un guardia; que me lleve á la lista de objetos perdidos. (Con profunda amargura.)

PABLO Señora, eso no es posible. ¿Cómo se va usted á marchar así?...

PAUL. ¿Voy á quedarme aquí toda la vida?

PABLO Ya buscaremos un medio.

PEL. Vamos á ver, señora... equis, hermosa incógnita, ya que ha perdido usted la memoria de los nombres, á ver si recordando las cosas...

PAUL. (Haciendo grandes esfuerzos por recordar.) Estoy casada... No tengo hijos...

PEL. En qué se ocupa su marido?

PAUL. Que yo sepa... en nada.

PEL. Bien; ya tenemos un dato. Ama el reposo.

PAUL. Estamos suscritos al *Liberal.*

PEL. Ya hay dos.

PAUL. Somos ricos.

PEL. Nosotros también.

PAUL. Por eso no trabaja mi marido.

PEL. ¿Lo ves, Pablo? Inconvenientes del dinero.

PABLO ¿Tienen ustedes fincas en Madrid?

PAUL. En Madrid, no. En... ¡no me acuerdo!

PEL. ¡Inútil!... ¡Inútil todo!

ESCENA XIII

DICHOS, el DOCTOR CELIS, en traje de toros, sombrero ancho, etc., y SALOMÉ por la segunda izquierda

SAL. El señor Doctor. (Anunciando.)

DOCTOR Amigo mío, usted perdone. No estaba en casa. Acabo de llegar de la corrida. (Saludando á los demás.) ¡Señora!... ¡Señor mío!

PEL. Servidor de usted. (Mutis Salomé segunda izquierda.)

DOCTOR Vamos á ver, ¿qué es ello? Esta señora es la enfermita. No hay más que verla la cara. (1) (Tomándola el pulso y reconociéndola los ojos, lengua, etc., para lo cual puesto en pie cubrirá la figura de Paulina.)

---

(1) Pelayo, Paulina, Doctor y Pablo.

PABLO — Se ha puesto enferma en la puerta de casa. Un susto por un tranvía; se desmayó, la subimos aquí y... ahora no sabe quién es.

DOCTOR — Emoción fuerte.

PEL. — Se le ha olvidado todo. Lo único que sabe es que está casada, que es rica, que está suscrita al *Liberal*, que no tiene hijos y qué su marido no hace nada.

DOCTOR — Bien. Tal vez puede ser un caso de atavismo. ¿Ha tenido usted idiotas en su familia?

PAUL. — En la mía, no. Como no sea en la de mi marido...

DOCTOR — No hay atavismo... Desde luego, cabe sospechar... Sí... Eso es... (Como formando juicio del diagnóstico.)

PABLO — Pero esto ya le ha sucedido en otras ocasiones.

DOCTOR — ¿Sí? Pues ya sabemos lo que es. Esta señora padece un pequeño ataque de *amnesia parcial iterativa.*

PEL. — (Estamos enterados.)

PAUL. — ¡Eso es! «Amnesia.» Así dijeron los médicos que se llamaba mi enfermedad.

PEL. — Y eso, ¿qué viene á ser?

DOCTOR — Muy fácil de explicar. Usted sabrá que no tenemos *una sola memoria*, sino varias *memorias*. La que le falta ahora á esta señora se localiza en la segunda circunvolución frontal ascendente izquierda, (Marcándose el sitio.) llamada «circunvolución de Broca», región que no existe en el cerebro de los monos.

PABLO — Muy bien.

PEL. — (Lo siento por los monos.)

PAUL. — ¿Pero habrá un remedio?

DOCTOR — Es cuestión de paciencia. La emoción que usted ha experimentado determina la ligera ruptura de un vaso. Por eso ha olvidado usted los nombres propios.

PEL. — Como si dijéramos: se le ha roto el calendario ó el libro de señas.

DOCTOR — Justamente. Pero no se preocupe usted. Es una apoplegía leve... insignificante... (Aparte a Pablo.) que puede ser grave.

PABLO — ¿Será cosa de llevarla á una casa de salud?

DOCTOR ¿Sacarla de aquí?... ¿Está usted loco, don Pablo?

PEL. ¿Estás loco, Pablito?

DOCTOR Para que reaccione y se tranquilice es preciso acostarla en seguida.

PAUL. ¿Acostarme? (Levantándose aterrada.)

PABLO ¿Acostarla?... (Muy sorprendido.)

DOCTOR Sí, señor. Lo que no sea eso es una temeridad, y yo no respondo...

PAUL. ¡Dios mío!... (Llorando.) (1)

DOCTOR (Aparte á Pablo.) Es un caso de conciencia.

PEL. Sí, hombre, sí; es un caso de conciencia. Hay que acostarla.

DOCTOR No llore usted, señora. (Tomándola una mano.) ¡Que no es nada!... ¡Ya buscaremos á su esposo! (Aparte á Pablo y Pelayo) Tiene un acceso de fiebre consecutiva bien determinado que me obliga á prescribir el reposo inmediato.

PEL. Tiene fiebre y todo. No hay más remedio, Pablo.

PABLO El caso es, que...

PEL. Déjate de escrúpulos.

PABLO ¿Y en qué habitación?

PEL. En esta misma. Yo me iré á la tuya y tú te vas á un hotel.

PAUL. ¡Doctor!... ¡Me muero de frío!

DOCTOR Ahora entrará usted en calor. Don Pablo, llame usted á la muchacha. Esto se pone serio.

PABLO Sí, señor. (Toca el timbre.)

PEL. (Va á Paulina para consolarla y la toma la mano.) ¡Tiene un calenturón horrible! (Entra Salomé por la segunda izquierda.)

PABLO ¡Salomé!

SAL. ¡Señorito!

PABLO Ayude usted á la señora.

DOCTOR Que se acueste en seguida.

PAUL. ¿Qué va á ser de mí, Dios mío? (El Doctor se sienta á recetar.)

PABLO No tenga usted miedo, señora. Está usted en su casa, con su doncella...

---

(1) Paulina, Doctor, Pelayo y Pablo.

PEL. No tenga usted miedo. Aquí estamos todos También á mí me ocurrió una cosa por el estilo.

PAUL ¿Se olvidó usted de la familia?

PEL. No. Yo estoy regañado con ella, pero quiero decir, que en esta casa soy otro huésped.

PAUL. ¡Ah!

PEL. De modo que no se apure usted por nada. (Salomé corre el biombo para ocultar la cama á la vista de los caballeros. Paulina, suspirando, manifestando su angustia y su contrariedad, empicza á dcspojarse del abrigo, y el sombrero, etc., etc., hasta quitarse la falda y la chaqueta, ayudada por Salomé. El Doctor cscribe. Pablo va de un lado á otro, cierra maquinalmente el balcón, lo abre, etc. Pelayo mira con disimulo por los vértices del biombo.—Mucha vida y muchos detalles en este final de acto.)

DOCTOR Con esto podremos atajar la fiebre. Don Pablo, hay que ir, inmediatamente, á los periódicos, al Gobierno civil, donde sea.

PABLO Sí, Doctor. Irá este amigo.

PEL. Hombre yo, no soy el dueño de la casa. Es más natural que vayas tú.

PABLO Bueno; yo iré.

PEL. Yo me quedo aquí al cuidado, por si acaso. Anda, anda, no pierdas tiempo.

DOCTOR Sí, cuanto antes.

PABLO Pues hasta luego. (Medio mutis.) Que vaya con la receta Marcelino.

PEL. Sí, hombre; descuida.

PABLO ¡Qué complicaciones! (Mutis por la segunda izquierda.)

SAL. ¿Llora la señorita?

PAUL. ¡No puedo remediarlo!... ¡Tengo una pena!

SAL. La cuidaremos muy bien.

PAUL. ¿No hay señoras en esta casa?

SAL. Sí, la señorita, pero... estos días está fuera... Con su papá.

DOCTOR Amigo mío. (Levantándose.) Voy á mandar con esta receta al muchacho.

PEL. Sí, señor. En la antesala debe de estar.

DOCTOR Luego daré una vuelta por aquí.

(Prevención al telón.)

PEL. Muy bien. Si ocurre algo, enviaríamos recado. (Mutis Doctor por la segunda izquierda. Pelayo le saluda y va al teléfono.) Esta es la mía. Yo aviso al General; viene, se entera de esto, le invento una fábula y... ¡divorcio obligatorio! (Repasando el libro de abonados.) Aseguro la secretaría y los hago libres para siempre. (Al teléfono.) —¡Central!—Con el 90 *pelao*—Sí.—General Estrella—¿Eh?... (Fuerte.) General Estrella.

PAUL. (Muy sorprendida al oir este nombre.) ¿Qué dice?... ¿General Estrella?

SAL. Sí, señora. Es el papá de la señorita de casa.

(Ejecución al telón.)

PEL. (Timbre del teléfono.) ¿Quién es?... ¡Ah!... ¿Es usted, mi general? (En este momento Paulina está luciendo una brillante falda de seda azul, un precioso cubre-corsé, etc. Cuanto sea compatible con «un interior» decoroso y sugestivo.—Telón lento y oportuno.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración anterior, la misma luz del día.—Al levantarse el telón, Paulina, sentada sobre la «chaisse-longue,» aparece vestida con una elegante bata que se supone del vestuario de Emilia.—Cerca de aquella, sentado á caballo sobre una silla, Pelayo leyendo el nomenclator de las callés de Madrid en un «Calendario Zaragozano».—En el lado derecho, sobre un caballete de regular tamaño, un encerado de metro y medio de largo por uno de ancho, con las palabras siguientes, escritas con tiza, pero muy legibles:

Dueño de la casa: PABLO GÉNOVA.
Secretario: PELAYO COLIS.
Doncella: SALOMÉ.
Ayuda de cámara: MARCELINO.
Presidente del Consejo: MAURA. (1)

Este encerado se halla colocado de frente al foro para que el público no lo lea hasta el momento oportuno.—La silla en que trajeron desmayada á Paulina ha desaparecido.

(1) O el que sea cuando se represente esta obra.

ESCENA PRIMERA

PAULINA y PELAYO. La interesante enferma, al empezar el acto y mientras se sientan los «morenos» que ya sabemos lo que son para estas cosas, lanza un suspiro y se lleva ambas manos á la frente.—El «fresco» del Secretario se levanta sobresaltado creyendo que le va á dar algo

PEL. ¿Qué es eso, amiga mía?

PAUL. Nada... Siga usted... Temí que volviera á darme ese mareo... (Pelayo vuelve á su silla y se dispone á continuar la lectura.) Siga usted; escucho atenta.

PEL. (Leyendo.) *Pelayo, Peligros, Peralta, Pérez Galdós* (antes Colmillo), *Perro, Pez, Piamonte, Pizarro, Pontejos, Portillo, Ponzano, Postas, Prado, Prim* (antes Sauco), *Príncipe...* (Se detiene para tomar aliento.)

PAUL. ¿Se fatiga usted, verdad?

PEL. Nunca he apurado una letra tan de prisa.

PAUL. Descanse usted. Nadie nos sigue.

PEL. La impaciencia. Ya estamos en la P.

PAUL. Tengo la seguridad de que no hemos pasado por mi calle.

PEL. ¿No puede suceder que hayamos pasado de largo?

PAUL. (Medio distraida.) No. Hubiera recordado la casa.

PEL. ¿Cómo?

PAUL. Digo, no sé lo que me digo. Hablo de la guía.

PEL. Ya. Sigo.

PAUL. Déjelo usted.

PEL. No me canso, pero me da pena la ineficacia de esta lectura.

PAUL. Sí, señor; hasta ahora resulta completamente inútil. ¡Dios mío, seguimos como ayer! No sé quién soy, ni dónde vivo, ni con quién estoy casada.

PEL. Vamos al encerado. El médico asegura que este ejercicio es un gran estímulo para esa memoria dormida. (Pelayo da vuelta al caballete

de modo que vean el encerado perfectamente Paulina y el público.)

PAUL. Como usted guste.

PEL. Yo pregunto y usted lée la contestación. Vamas á ver. ¿Dueño de la casa?...

PAUL. (Leyendo en el encerado.) *Pablo Génova.*

PEL. ¿Secretario?

PAUL. (Idem.) *Pelayo Colis.*

PEL. Servidor.

PAUL. Muy señor mío.

PEL. ¿Doncella?

PAUL. (Idem.) *Salomé.*

PEL. (¡Buena personal) ¿Ayuda de cámara?

PAUL. (Idem.) *Marcelino.*

PEL. ¿Presidente del Consejo?

PAUL. (Idem.) (1) *Maura.*

PEL. Muy bien. ¿Ve usted? Pues de este modo llegará usted á decirlos sin mirar al encerado y á retener los nombres propios como antes de la enfermedad.

PAUL. Así lo espero don...

PEL. Mire usted allí. (Al encerado.)

PAUL. (Mirando y leyendo.) Don Marcelino.

PEL. ¡Bien!

PAUL. (Rectificando.) Don Pelayo.

PEL. Pe... la... yo. A ver si lo recuerda usted.

PAUL. ¿Qué habrá pensado mi marido cuando haya vuelto á casa?

PEL. ¡Sabe Dios!

PAUL. Creerá que me he escapado.

PEL. ¿Ha ocurrido alguna vez?

PAUL. ¡Caballero! ¡Soy una mujer honrada!

PEL. Señora, pregunto que si después de casada perdió usted la memoria alguna vez.

PAUL. Nunca. Todo lo tuve muy presente... hasta ahora.

PEL. Y, ¿á dónde fué de caza?

PAUL. Al monte de... ¡no me acuerdo! Es inútil, don... (Mira al encerado.) Salomé.

PEL. Pelayo, señora.

PAUL. Eso es: Pelayo.

---

(1) O el que sea cuando se represente.

PEL. Bueno, ¿pero qué crée usted que habrá pensado su esposo al ver que ha desaparecido usted?

PAUL. ¡Ay! ¡Quién lo sabe!

PEL. Se habrá puesto en lo peor, porque los hombres somos así. Si se le ha ocurrido leer algún periódico...

PAUL. Pero, ¿han publicado ustedes?...

PEL. Es lógico.

PAUL. ¡Qué vergüenza!

PEL. No ¿Por qué? El aviso no dice más que esto. (Saca un periódico y lee.) «A consecuencia de un susto terrible desmayóse ayer en la calle de Alcalá una elegante dama que iba sola. Al recobrar el sentido perdió la memoria. Es un caso de amnesia poco frecuente. No rerecuerda su nombre ni las señas de su domicilio. Fué auxiliada y recogida en una casa próxima al lugar del suceso, donde permanecerá hasta que su familia la eche de menos y se presente á buscarla. En el Gobierno civil informarán.»

PAUL. ¿Por qué no han dicho ustedes desde luego dónde estoy?

PEL. Por... discreción; por no despertar la curiosidad de las gentes, por evitar torcidas interpretaciones de la familia de Pablo... en fin .. Pero tan pronto como lean en su casa...

PAUL. Creo que tengo dos criadas, sí. ¡Ninguna sabe leer!

PEL. ¡Hasta eso!

PAUL. ¡Soy muy desgraciada!

ESCENA II

DICHOS, PABLO por la segunda izquierda

PABLO Buenas tardes. ¿Qué tal nuestra enfermita? ¿Cómo van esos ejercicios?

PAUL. Regular, don... (Mirando al encerado.) Pelayo.

PEL. ¡Pablo! (Rectificándola.)

PAUL. Sí. Me equivoco siempre, señor Maura.

PEL. (Rápido.) ¡Pelayo! ¡Jesús, qué memoria tan fatal!

PABLO ¡Paciencia, hombre! Ponte en su caso.

PEL. Sí, pero ya ves. En eso de la *circunvalación* no hemos adelantado nada.

PAUL. ¡Nada!

PABLO Circunvolución, dijo el médico.

PEL. Es igual.

PABLO Todo llegará. No hay que preocuparse. Su esposo se presentará aquí de un momento á otro. Entre tanto hay que recuperar las fuerzas. No toma usted nada desde anoche. (Toca el timbre que hay sobre el velador.)

PAUL. ¡Cómo pagar á ustedes tantas atenciones!

PABLO La mejor recompensa es que guarde usted un grato recuerdo de esta casa.

PEL. ¿Un recuerdo?... Pues... buena cosa le pides.

PAUL. Sí, señor. Será grato y eterno.

ESCENA III

DICHOS, SALOMÉ por la segunda izquierda

SAL. ¿Llaman los señores?

PABLO Sí. Acompañe usted á la señorita al comedor. Que tome un sopicaldo, un poco de gallina...

SAL. Ya lo tiene preparado la cocinera

PAUL. ¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! ¡Con permiso de ustedes! ¡Qué buenos son para mí!

PEL. Es un deber de humanidad, ¿verdad, Pablito? Este es Pablito. (Cambio de saludos. Mutis Paulina y Salomé primera izquierda.)

ESCENA IV

PABLO y PELAYO

PABLO Lo principal es que esta señora no salga de aquí muerta de hambre.

PEL. Está muy débil. Hace un momento se quedó ahí medio dormida y deliraba.

PABLO ¿Qué decía?... ¿No puedes deducir por alguna palabra?...

PEL. No dijo más que tonterías. «¡La liebre!... ¡Ahí va la liebre!... ¡Ven, ven aquí, Pirulo!»

PABLO ¿Pirulo?...

PEL. Sí. Figúrate, Pirulo... Algún perro. Se acuerda del perro y no se acuerda del amo.

PABLO La redacción del suelto, ¿te habrá parecido?..

PEL. Maravillosa. Así, ni el General, ni tu mujer, ni nadie sabe una palabra.

PABLO Eso es lo que menos me importa. ¿Se enteran?... ¿Y qué?... ¿Hay algo censurable en mi conducta?

PEL. No. ¿Pero qué necesidad hay de que sepan?...

PABLO Lo he redactado así porque las buenas obras deben hacerse en silencio, sin alardes.

PEL. Sí, señor.

PABLO ¿El General no ha vuelto por aquí?

PEL. Desde anoche no le he visto.

PABLO ¿Tú le dijiste?...

PEL. Le conté cómo había ocurrido la cosa para que no creyera... (¡En seguida le iba yo á decir la verdad!)

PABLO El que hace lo que debe no necesita justificarse.

PEL. Por supuesto; pero nunca está de más... Dice que no te vuelve á saludar hasta que retires el «mameluco» de ayer y le des una explicación.

PABLO Tiene para rato. ¿No te habló nada de Emilia?...

PEL. ¿De tu mujer?... Ni palabra.

PABLO ¿Y el médico?

PEL Tampoco me dijo nada.

PABLO ¿Digo que si ha vuelto?

PEL. No es la hora.

PABLO ¿Vas tú á salir de casa?

PEL. ¿Cómo quieres que deje á esa pobre señora en manos mercenarias?... Mejor estará con un secretario que con un esclavo. Además... aquí puede haber un porvenir.

PABLO ¿Cómo?

PEL. Figúrate que esta señora se olvida por completo de su marido.

PABLO ¿Y qué?

PEL. Tiene cuartos. El marido no la busca, estoy seguro.

PABLO ¿Serías capaz?...

PEL. Hombre... te diré.

PABLO No digas disparates. Sobre todo, ¿no me aconsejas á mí la libertad?

PEL. Sí.

PABLO ¿Y te vas tú á meter en líos?

PEL. Es que no hay regla sin excepción. Dejar solita á esta señora sería un crimen.

PABLO Bueno, bueno. Yo voy al Banco y luego al Gobierno civil á ver si hay noticias, á ver si ha ido alguien á preguntar...

PEL. Nadie. Ya lo verás. Pero, en fin, si averiguas algo...

PABLO Vengo volando, por supuesto.

PEL. Pues anda con Dios. (Le acompaña hasta la puerta segunda izquierda por donde hace mutis Pablo. Pelayo queda allí observando un momento.)

ESCENA V

PELAYO solo

(Baja al proscenio y dice en tono confidencial.) La mujer de éste, separada de éste. El General indignado por lo que yo le he dicho de éste y de la otra. Este en la higuera, y yo armándole un lío á éste, al otro y á todo el que estorbe mi tranquilidad. Anoche, á los cinco minutos de hablar por teléfono con el General, se presentó aquí. (Inflexiones de voz para simular el diálogo entre el General y él.)—¿Qué es esto?... ¿Quién es esta señora?... —Mi General, si usted me da palabra de no descubrirme...—Palabra de honor.—Esta señora es... ¡una condesa!—¿Cómo?—La condesa X. —¿Aquella que estuvo en el Circo con unos leones, que salía con un antifaz. .—La misma. — Pero, ¿cómo está aquí? — Era una antigua amante de Pablo. Pasó por ahí. Le vió en el balcón... ¡pún! se desmayó, y ahí

la tiene usted. Al volver en sí, se echaron el uno en los brazos de la otra y...—¡Me lo figuro! Una explosión de amor; ¡qué cinismo! ¡qué poca vergüenza!...—Y se fué. No quiso ni verle la cara. A ver si hay quien me demuestre que esta señora no es la condesa del antifaz. Porque más misterio... Resumen: que tengo á cada cual por su lado con entera libertad, y que acabo de echarle un nudo al cocido... para una temporada.

ESCENA VI

PELAYO. El GENERAL por la segunda izquierda

GEN. Buenas tardes, amigo.

PEL. ¡A la orden, mi General!... Pablo ha salido.

GEN. Ya lo sé. Por eso he entrado, no quiero verle para nada. Vengo á ver á usté.

PEL. ¿Qué hay?

GEN. ¿Está aquí todavía esa... mujer?

PEL. Todo está igual.

GEN. ¿De modo que la *señora Condesa* se instala aquí definitivamente?

PEL. Así parece. Anda algo malucha.

GEN. ¡Estamos expuestos á un conflicto muy serio

PEL. (¡Santa Bárbara me ampare!) ¿Qué sucede mi General?

GEN. ¡Me lo estaba temiendo! Emilia sabe que en esta casa hay una mujer.

PEL. (¡Adiós mi dinero!)

GEN. Ya supondrá usted que de mis labios no ha salido ni una palabra. Pero las mujeres lo averiguan todo. La portera ó... ¡qué sé yo!

PEL. (¡Esa porterita!...)

GEN. ¿Qué dirá usted que se le ha ocurrido?

PEL. ¿A la portera? Cualquier barbaridad.

GEN. No, hombre, á mi hija, á Emilia. ¡Se muere de celos!

PEL. No caigo...

GEN. ¡Un horror!

PEL. ¿Pegarle fuego al edificio?

GEN. Eso sería lo de menos.

PEL. ¡Hombre!

GEN. Entiéndame usted. Quiere venir con el notario, el juez, la guardia civil, sorprender á los traidores, pedir el divorcio... ¡el delirio!

PEL. ¡Sí que es gorda la ocurrencia!

GEN. Dice que no puede tolerar que otra mujer utilice sus batas.

PEL. ¡Si no es más que eso!

GEN. Por ahí empezó.

PEL. ¿Pero usted le habrá dicho?...

GEN. Claro está.

PEL. (¡Respiro!)

GEN. Que no hace falta tanta gente.

PEL. ¿Eh?

GEN. Sí; yo le he dicho que el escándalo en Madrid sería tremendo.

PEL. ¡Hay que evitar el escándalo! Yo hablaré con Pablo enérgicamente. Deje usted el asunto por mi cuenta que está en buenas manos. Evite usted que Emilia venga aquí.

GEN. No sé si podré. Por supuesto, que Pablo va á tener conmigo un encuentro personal.

PEL. (¡Azúcar!)

GEN. ¡Me trae loco con estas cosas!

PEL. Lo creo. Y á mí.

GEN. En fin, ¿qué más? A usted se lo puedo decir porque entre hombres no hay para qué guardar ciertos secretos.

PEL. ¡Hable usted sin temor!

GEN. Yo ando estos días detrás de una ciudadana... ¡Primer premio de belleza! ¡Una gloria nacional!

PEL. ¿Sí? ¡Bravo!

GEN. Pero con estos líos, ni salgo á su encuentro ni la veo... ni sé dónde se mete...

PEL. ¡Naturalmente! Yo también ando de cabeza. Dejo la secretaría abandonada, no tengo hora tranquila... y todo por este hombre, que hace estas cosas.

GEN. ¡Y qué mal las hace!

PEL. ¡Oh! Pues si no fuera por mí... ¡bueno andaría todo esto!

GEN. Es lo que yo digo, señor. Ya sabemos lo que son hombres y lo que son mujeres, ¿eh?

PEL. Sí; eso ya lo sabemos.
GEN. ¿Quién no tiene un devaneo?
PEL. ¡O los que se tercien!
GEN. Pero, mire usted que meter una mujer así dentro de casa!
PEL. (¡Pobre señora!)
GEN. ¿Quién hace eso?
PEL. ¡Nadie!
GEN. Yo, por ejemplo, soy capaz de pegarle fuego á la casa...
PEL. ¿También usted?
GEN. Digo, que soy de los que le pegan fuego á la casa sin que se vea el humo.
PEL. ¡Como yo!
GEN. Y ahora mismo estoy en tratos para comprar una jaula... es decir, un hotelito en la Guindalera...
PEL. ¡Ah, pillo! Para encerrar una paloma.
GEN. No ha caído en la red, pero caerá. Por esta misma calle venía ayer solita llamando la atención. De pronto se me escabulló y no la he vuelto á ver.
PEL. ¡Duro con ella! Y si es una casadita frágil...
GEN. No sé, ni cómo se llama, ni quién es... Hace poco que la sigo.
PEL. Otra condesa X sin antifaz.
GEN. ¡Yo lo sabré!

ESCENA VII

DICHOS. MARCELINO por la segunda izquierda con una tarjeta en una bandeja

MARC. (Sin pasar de la puerta.) ¡Señor!
GEN. (A Marcelino.) ¿Está ahí mi yerno?
MARC. No, señor. Ya estoy al cuidado. Un caballero me ha entregado esta tarjeta para usted.
GEN. ¿Para mí? ¿Quién le ha dicho que estaba yo en esta casa?
MARC. Dice que ha preguntado en el Círculo.
GEN. ¡Ah! ¿Me han visto entrar?
MARC. Sí, señor. (Le entrega la tarjeta.)

GEN. A ver. (Lee.) *Mario Trompeta.* ¡No recuerdo! ¿Trompeta?

PEL. Tampoco á mí me suena.

MARC. Desea ver al señor para un asunto urgente.

PEL. Recíbale usted, mi general.

GEN. Bueno. Que pase. (Mutis Marcelino por donde entró.)

PEL. Yo le dejo á usted por si es cosa reservada. Me voy á observar. Condesa y todo... no la pierdo de vista.

GEN. Hasta luego, amigo mío.

PEL. (¿Quién será ese Trompeta?) (Mutis primera izquierda.)

ESCENA VIII

El GENERAL. MARIO que aparece por la segunda puerta izquierda Es un caballero en toda la extensión de la levita

GEN. ¿Cómo? ¿Pero es usted *Pirulo?*

MARIO ¡Mi general! ¿No me recordaba usted?

GEN. ¡Sí, hombre! Pero como en la sala de armas y en el Círculo todos le llamamos á usted *Pirulo*... al pronto, no caía.

MARIO ¡Me pasa una cosa horrible!

GEN. Hable usted.

MARIO He llegado esta mañana del monte. Mi mujer ha desaparecido.

GEN. ¿Cómo?

MARIO Como usted lo oye. Salió ayer por la tarde de casa y no ha vuelto. ¡La mato!

GEN. ¡Qué disparate! Calma, amigo mío, calma.

MARIO ¿Qué debo pensar?

GEN. Grave es el caso. Pues, señor... esto del matrimonio se va desacreditando mucho. Por aquí también andamos en unos trotes...

MARIO ¿Qué?... ¿Continúan separados?

GEN. Y no es eso lo peor.

MARIO Pues, ¿qué pasa?

GEN. Que este... bandolero de Pablo ha metido en casa una amante.

MARIO ¡Hola!

GEN. Una mujer conocidísima, con la cual tuvo amores siendo soltero.

MARIO ¿Quién es ella?

GEN. La Condesa X.

MARIO ¿Aquella de los leones?

GEN. La del antifaz. Y estoy viendo que nos va á dar unos disgustos esta ciudadana ..

MARIO Pero el caso mío es terrible.

GEN. Sí que es serio.

MARIO ¡Parecía una malva!... ¡Incapaz de una traición! .. Usted que es hombre de mundo, ¿qué me aconseja? No he querido dar un paso sin consultarle.

GEN. Hombre... yo... ¿No puede haberle ocurrido algo?... Aguarde usted... (Recordando)

MARIO ¿Sabe usted algo?

GEN. ¿Desde cuándo no lee usted los periódicos?...

MARIO Desde... el sábado que salí de Madrid.

GEN. ¡Pues ya hemos dado con ella! Yo he leído que una señora se desmayó y la recogieron en no sé dónde...

MARIO ¿Cómo?

GEN. Me apuesto cualquier cosa á que es ella. Vaya usted ahora mismo al Gobierno Civil.

MARIO ¿Cree usted que?...

GEN. Allí saben dónde está.

MARIO No quiero perder un instante. (Haciendo mutis.) Voy á tomar un coche.

GEN. Yo también salgo. En el círculo le aguardo á usted.

MARIO Volveré á decirle lo que hay, mi General.

GEN. Sí, hombre... (Salen hablando por la segunda izquierda.)

ESCENA IX

PELAYO, por la primera izquierda, asomando la cabeza antes de entrar

¡Hombre! Han desaparecido el General y el trompeta. ¿Quién sería ese músico? La Condesa se encuentra más animada... Mejor color... Y tan bonita como siempre. Nos he-

mos tomado diez copas de Jerez, mano á mano. Es decir, la Condesa no ha tomado más que una y á la fuerza. Yo me he tomado las otras... por no hacerle un desaire.

ESCENA X

PELAYO, EMILIA y SALOMÉ, por la segunda izquierda

SAL. (Viendo á Pelayo y volviéndose á Emilia.) Aquí está, señorita.

PEL. (¡María Santísima! La esposa ofendida. Esta es la que viene con gente armada. El juez, el notario, la guardia civil, etcétera.)

EMIL. No se vaya usted de casa por si la necesito.

PEL. (La trama se complica.)

EMIL. Y déjame. Yo le sacaré á este hombre toda la verdad. (Mutis Salomé. Emilia adelanta. Pelayo finge enterarse en este momento de la presencia de Emilia.)

PEL. ¡Señora mía!...

EMIL. ¡Caballero!

PEL. ¿A qué debo el gusto de volverla á ver por ésta su casa?

EMIL. Ayer me permití en su presencia frases poco lisonjeras para el secretario de mi esposo.

PEL. Señora, pues si al secretario ese no le hubieran llamado nunca más que «perdido...» No haga usted caso.

EMIL. Pero al saber que era usted...

PEL. ¡Ah! ¿Pero sabe usted?

EMIL. He tenido un remordimiento y vengo á pedirle mil perdones.

PEL. ¡Usted no puede ofenderme!

EMIL. ¿Estoy perdonada?... ¿Somos amigos?

PEL. Me honra usted demasiado. ¿Cómo pagar tal distinción?

EMIL. Tiene su precio.

PEL. Disponga usted de un secretario humilde..

EMIL. ¿Usted sabe todo lo que pasa aquí?

PEL. Casi todo.

EMIL. ¿Quién es esa mujer?

PEL. (¡Ya pareció aquello!)
EMIL. Hable usted.
PEL. ¡Ah! Pues... una pobre loca.
EMIL. Desde luego, porque ninguna mujer sensata se atrevería...
PEL. Es que ha perdido la razón; que está loca.
EMIL. ¿Sí?
PEL. Es... mi hermana la mayor. No tenía dónde llevarla, y aquí la traje hasta que vaya á una casa de salud. ¡Pablo es tan bueno!
EMIL. Pero, ¿es cierto?
PEL. ¡Un santo!
EMIL. Hablo de su hermana.
PEL. ¡Ah! ¡Ciertísimo!
EMIL. ¿Dónde estaba?
PEL. En Leganés. ¡Mochales!
EMIL. ¿Y cómo no ha seguido allí?
PEL. Pues... verá usted, las cosas de los manicomios. Mi hermana padece de *circunvalaciones* en todo lo alto del cerebro. Tuvo unas palabras con otra loca como ella y, sin más ni más, salió de Leganés y se vino á Madrid. ¡Locuras de las locas! Pasó por la calle; yo estaba en el balcón, me vió, dió un grito: «¡Ah!... ¡Tú!... ¡Yo!... ¡Hermano mío!... ¡Loca perdía!... ¡Sí!... ¡Baja!... ¡Sube!... ¡No!. . ¡Voy!» y se desmayó.
EMIL. ¡Pobrecilla!
PEL. Una escena de melodrama.

ESCENA XI

DICHOS y el GENERAL, por la segunda izquierda

GEN. (Dentro.) ¡Don Pelayo! (Saliendo.) ¡Don Pelayo!
EMIL. ¡Papá!
GEN. ¿Qué haces aquí?
EMIL. Pues que... vengo á recoger varias cosas.
GEN. ¿Todavía andamos en eso?
EMIL. Sí, pero como Pablo tiene las llaves y no está en casa...
GEN. ¿Qué llaves son?
EMIL. La de mi armario de luna y las de...

GEN. (Sacando un llavero con cuatro ó cinco llaves.) Toma, á ver si abres con alguna de estas.

EMIL. No será fácil.

GEN. Pues con estas llaves me abría tu difunta madre todas las cerraduras de armarios y mesas.

EMIL. Bueno. Vengan. Probaré. Con permiso. (Mutis primera derecha.)

ESCENA XII

El GENERAL y PELAYO

GEN. Tenemos que hablar.

PEL. Ya escucho.

GEN. Esto es maravilloso, increible.

PEL. ¿El qué?

GEN. La Condesa X es la señora de quien yo le hablaba hace poco. ¡Mi conquista!

PEL. ¿La que va usted á meter en la jaula?

GEN. ¡Justo! La paloma.

PEL. (¡Bacarrat!)

GEN. No tengo la menor duda.

PEL. ¿Cómo lo sabe usted?

GEN. La he visto en la ventana del comedor que da al patio de cristales del Círculo. Como anoche, cuando yo vine, estaba en la cama, no pude reconocerla.

PEL. (Me tiene más cuenta que le peguen fuego al edificio.)

GEN. Y créame usted, amigo mío, Pablo podrá hacer las paces ó no con mi hija, allá ellos; pero con esto... ¡no transijo!

PEL. Hace usted bien.

GEN. Yo quiero hablar con ella ahora mismo. Hacerla saber que Pablo no es un hombre libre y que lo mato como se cruce en mi camino. Aprovecharé la ocasión...

PEL. ¿Para hablarle del hotel de la Guindalera?

GEN. ¿Cuándo mejor? (Mirando por la segunda izquierda.)

PEL. (¡Va á acabar con todo esto la Funeraria, porque éste me fusila!)

GEN. ¿Dónde está? Preséntеme usted.

PEL. Ahora mismo.

GEN. Pero no como suegro de Pablo, sino como General Estrella.

PEL. (¡Digo si me estrella!) Todavía debe de estar en el comedor.

GEN. Vamos. No puedo disimular la emoción.

PEL. Ni yo. Pase usted. (Mutis el General primera izquierda.) Yo llego con éste al comedor y me tiro por el patio de cristales. (Mutis detrás del General.)

ESCENA XIII

MARCELINO y MARIO, por la segunda izquierda

MARC. Sí, señor; aquí estaba hace un momento hablando con el secretario.

MARIO Hágame el favor de hacerle venir en seguida. (Mutis Marcelino.) Si las pruebas no fueran tan evidentes no podría creer en semejante infamia. (Leyendo un papel que saca del bolsillo.) «Sombrero negro, traje azul obscuro, pulsera con la fecha del quince de Abril...» (1) Señas mortales. Y para huir con su amante se cambia de nombre, finge un desmayo en la puerta de su casa, de esta casa en la cual se esconde con el yerno del General... El duelo será á muerte; Paulina entrará en un convento; yo... saldré de Madrid para ocultar mi vergüenza. Antes quiero conocer los detalles de su crimen. ¡No sé si podré contenerme!

(1) Para que la actriz encargada del papel de Paulina no se vea obligada á sacar este traje, rectifíquense estos datos con arreglo al vestido que se ponga.

ESCENA XIV

MARIO y PELAYO, primera izquierda

PEL. ¡Caballero! (Saludando.)
MARIO Servidor de usted.
PEL. Muy señor mío.
MARIO Muchas gracias.
PEL. No hay de qué El General dice que le haga á usted la visita mientras... Sale al momento.
MARIO Y ¿á quién tengo el gusto?...
PEL. Pelayo Colis, secretario particular y amigo íntimo de Pablo.
MARIO ¿De Pablo? (Conteniendo la rabia.)
PEL. Sí, señor. ¿Le conoce usted?
MARIO Creo que le he saludado una ó dos veces en el Círculo y precisamente ese caballero es el que más me interesa en el asunto que me trae.
PEL. Pues siendo cosa de Pablo, diga usted lo que sea. No tiene secretos para mí.
MARIO En ese caso...
PEL. Con entera franqueza.
MARIO ¿Usted es un hombre de honor, un caballero?
PEL. Ya ve usted, cuando soy secretario suyo...
MARIO Es que Pablo es un hombre indigno.
PEL. ¿Eh?
MARIO Perdone usted... Estoy algo excitado. (Serenándose.) En esta casa se halla desde ayer la Condesa X. (Marcando mucho.)
PEL. (Aterrado.) ¿La Condesa X?...
MARIO No hay tal Condesa.
PEL. Ya lo sé. ¿Quién le ha dicho á usted?...
MARIO No hay para qué disfrazar la verdad. Esa mujer es amante de Pablo.
PEL. ¿También sabe usted?...
MARIO ¡Lo sé todo!
PEL. (¡Se lo ha dicho la portera!... Voy á sacar á Pablo de este compromiso.) Caballero, ignoro los motivos que le obligan á hacer esta in

vestigación, pero, entre hombres de honor, la sinceridad es el mejor título de nobleza.

MARIO Lo mismo creo; hable usted.

PEL. Le juro á usted solemnemente que Pablo no tiene nada que ver con esa señora.

MARIO ¿No?

PEL. Es el General.

MARIO Pero ¿usted sabe lo que dice? (Con terrible indignación.)

PEL. Lo he oído de sus labios.

MARIO ¡Qué cinismo!... ¡Y decía hace poco!...

PEL. La tiene aquí hasta que le compre la jaula.

MARIO ¿La jaula?

PEL. Un hotelito en la Guindalera. ¡Ya ve usted si la cosa está adelantada!

MARIO ¡Voy á dar un estallido!

PEL. Pero, cómo ¿también esto le mortifica á usted?...

MARIO ¡Mucho más!

PEL. (¡No acierto una!)

MARIO ¿Sabe usted quién es la Condesa?... ¡Mi mujer!...

PEL. ¿Su mujer?... (¡Se presentó el elijan!) Luego... usted ¿es el que estaba de caza con *Pirulo?...*

MARIO ¿Cómo?

PEL. Con el perro.

MARIO Señor mío, qué perro ni qué ocho cuartos. Mi nombre es Mario Trompeta.

PEL. Justamente. Ya decía esa señora que el nombre de su marido sonaba mucho. Pues bien, caballero, aquí hay una confusión fatal. La señora que yo digo, no es la de usted. Me explicaré...

ESCENA XV

DICHOS, EMILIA por la primera derecha con algunos objetos de tocador que deja sobre el velador auxiliar. A poco el DOCTOR CELIS segunda izquierda

EMIL. ¡Señores! (Saludando.)

PEL. (¡Bien!)

MARIO ¿Quién es esta señora?
PEL. La que yo digo.
MARIO ¿La Condesa?
PEL. No. La loca, digo... (si ya no sé quien es nadie.)
EMIL. Don Pelayo, ¿y su hermana?
PEL. Murió.
EMIL. ¿Ha muerto su hermana?...
PEL. La pequeña. Se me han muerto dos ó tres.
DOCTOR (Entrando.) ¿Por dónde anda la enferma?... (Saluda á todos.)
PEL. (¡El médico!... La funeraria.)
EMIL. ¡Hola, Doctor!
DOCTOR ¡Emilia, á los pies de usted!
PEL. Pasen ustedes por aquí. Ahí está. (Indicando la primera izquierda.)
EMIL. ¡Pobrecilla!
DOCTOR ¿Qué ocurre?
EMIL. ¿No sabe usted que ha muerto?
PEL (¡Atiza!)
DOCTOR ¿Cómo?... ¡No es posible!
PEL. No es la enferma. Es otra.
DOCTOR ¡Ah!
PEL. Está ahí. Pasen ustedes. (Empujándoles. Emilia y el Doctor salen por la primera izquierda.)
MARIO En resumen, ¿cuántas señoras hay en esta casa?
PEL. ¡Muchas!
MARIO Pero mi mujer...
PEL. Precisamente viene el doctor á visitarla. Ya sabrá usted...
MARIO Me lo han dicho en el Gobierno.
PEL Pues pase usted también. Ahí están todos.
MARIO Ahora mismo. (Mutis primera izquierda.)
PEL. Y á ver si ahí se ponen ustedes de acuerdo, porque yo me voy de Madrid ahora mismo. (Va á salir por la segunda izquierda en el momento que entra Pablo por el mismo sitio.)

ESCENA XVI

PELAYO y PABLO

PABLO Ya se ha presentado el marido en el Gobierno.

PEL. Bueno. Hasta luego.

PABLO ¿Dónde vas?

PEL. Por árnica.

PABLO Pero ven aquí, explícame antes.

PEL. ¿Qué quieres? Ahora no tengo tiempo. Ahí te esperan.

PABLO ¿Quiénes?

PEL. Medio Madrid. El General, tu mujer, mi hermana, su marido, Pirulo, el perro, el médico. ¡Ahí los tienes á todos!...

PABLO ¿Qué dices?... ¿Te has vuelto loco?..

PEL. Me voy á ver si encuentro un piso desalquilado en la verja del Botánico

PABLO Tú no sales de aquí sin que me cuentes lo que pasa. (Deteniéndole.)

PEL. Ya lo sabrás. Déjame. Ahora resulta que queriendo hacerte un favor, entre unos y otros han armado un lío de mil demonios...

PABLO Pero ¿quiénes.?..

PEL. ¡Los demonios! Y nadie más que tú tiene la culpa por bajar á ver si se desmaya alguna señora en la calle.

PABLO ¿Qué hablas?...

PEL. ¡Tus cosas!... Ya verás cómo sale perdiendo el más infeliz; yo, que quise redimirte de la esclavitud. Pero, ¡me resignaré con mi suerte! ¡Todas las grandes causas tienen sus mártires!...

PABLO ¡No lo entiendo!

PEL. ¡Yo tampoco!... ¿No te he dicho que es un lío horrible? ¡Déjame salir!

PABLO ¡Que no te vas! (Rumores dentro.)

PEL. (Escuchando.) ¡La danza macabra!

ESCENA ULTIMA

DICHOS. Por este orden PAULINA, MARIO, DOCTOR, el GENERAL y EMILIA por la primera izquierda. Después PRÓCULO por la segunda izquierda

PAUL. (Entrando.) Aquí está; te presento á mi Salvador.

PABLO ¡Señora, por Dios!

MARIO Caballero... no sé cómo agradecer á usted...

PABLO Es un deber de humanidad.

MARIO Pero quisiera poner en claro cierta especie maliciosa...

PABLO ¿Cómo?

DOCTOR ¡Hola, filántropo! (Entrando.)

GEN. (Entrando.) ¡Le voy á partir á usted en ocho pedazos! (Pablo se interpone entre el General y Pelayo.)

PEL. ¡¡General!!

EMIL (Entrando) Pablito, tu secretario, no dice una palabra de verdad.

PABLO Pelayo, ¿qué acusaciones son estas?

GEN. ¡Me ha resultado usted una vecina enredadora!.

EMIL. ¡Un embustero!

MARIO ¡Un impostor!

PEL. ¡Chiss! ¡Señores, calma! Todo tiene su explicación.

PRÓC. (Asomando en la segunda izquierda.) Con la venia de los señores. (Se vuelven todos á mirar al recién llegado.)

PEL. (¡Este es el que me pincha!) (1)

MARIO Adelante, Próculo. ¿Qué hay?

PRÓC. Pues... con licencia de los señores. Ese caballeritu está desacreditando á mi familia por la vecindad.

GEN. ¿También eso?

PRÓC. Dice que mi mujer no es mi mujer, y eso no

---

(1) Pelayo, Doctor, Pablo, Emilia, General, Mario, Paulina y Próculo

es cuenta suya; que lleva enterrados á cuatro; que soy un infeliz; que me están envenenando...

EMIL. A mí también me lo ha dicho.

PRÓC. Y yo lu llevo al juzgado ahora mismo por injuria, testimonio falso, trastorno público, noturnidaz...

PEL. (¡Quién fuera pájaro!)

PABLO ¡Explícate, Pelayo! ¿Qué líos son estos?

GEN. ¡Lo otro es más grave!

MARIO ¡Yo necesito saber!...

EMIL. ¡Hable usted, hombre de Dios!

PEL. ¡Si no me dejan ustedes!

PRÓC. ¡Le va á costar caru!

PEL. ¡Chiss! Oiga usted, setenta y cinco... nada de eso es verdad. Y ustedes... tampoco saben lo que se dicen. (Sorpresa general, mirándose unos á otros.)

PRÓC. ¿Va ustez á negar lu que yo sé de buena tinta?

GEN. ¿No me dijo usted que estaba ahí dentro la Condesa X?

EMIL. ¿Y que su hermana estaba loca?

PEL. (Pausa.—Procurando ordenar sus ideas en la imaginación.—Todos le rodean aguardando la explicación.) ¿Yo he dicho que la portera... y que la Condesa X... y que mi hermana está loca? (Afirmación de todos en cada pregunta.—Transición.) ¡No me acuerdo!... ¡Dios mío! ¡no me acuerdo! (Remedando á Paulina en la escena del acto primero.)

TODOS ¿Qué?... ¿Cómo?

PEL. ¡Que no me acuerdo!... He perdido la noción de los nombres y de las cosas. Soy otro caso de *circunvalación*, como la señora.

DOCTOR ¿Usted también?

GEN. ¡Embustero!

PABLO ¿Será posible?

PEL. Que me reconozca el médico. Creo que tengo fiebre.

DOCTOR ¿Ha pasado usted algún susto?

PEL. Pero, ¿le parece á usted que esto es vivir?

PABLO ¡Ah, tunante! No se me oculta lo que pretendías.

EMIL. La culpa de todo esto la tienes tú. (A Pablo.)

PABLO ¿Yo, hija mía?

GEN. Nada de eso. El verdadero origen, es que mi amigo Mario deja salir sola de casa á su mujer.

MARIO Mi general... yo ignoraba que Paulina tuviera esos padecimientos. No volverá á suceder.

PEL. (A Mario.) ¿Quiere usted aceptar el consejo de un hombre de mundo? Póngale usted un collar á la señora con su nombre y las señas del domicilio.

MARIO ¡Señor mío!

PABLO ¡No es un disparate!

PEL. Lo único que recuerdo, es que el General me dijo que la señora...

GEN. ¡Silencio! No arme usted más líos. Y tú, Pablito, protege á todo el que quieras... fuera de casa.

PEL. Si, señor; entiendo la indirecta. Ya me voy; yo me curaré esta enfermedad á la intemperie. Siempre se rompe la cuerda... (Con amargura cómica.) Adiós.

PAUL. ¡Pobre Pirulo!

PEL. ¡Pelayo, señora! (Medio mutis.)

PABLO ¡Ven acá! Yo me ocuparé de tu porvenir. Después de todo, á nadie más que á tí debo la reconciliación con Emilia.

EMIL Eso es cierto.

GEN. ¡Algo bueno había de hacer! Pablo, convídanos á comer para que á los postres nos cuente tu secretario, con todos sus detalles, la historia de la Condesa X. (Risas.)

PEL. ¡No se rían ustedes! Hay testigos de que puede resultar entretenida.

GEN. ¿Quiénes son?

PEL. (Aludiendo al público.) Estos señores.

GEN. Bueno, pues vamos á ver.

PEL. (Al público.)
Cuento la historia si á ustedes
les ha parecido bien.

TELON

Obras del mismo autor

La casa del duende, apropósito en un acto, original y en verso.

Bordeaux, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa. (*)

El juicio de Fuenterreal, pasillo cómico-lírico, en un acto, dividido en cuatro cuadros, original y en prosa. (*)

Los triunviros, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa.

Tres tristes trogloditas, trastada cómico-lírica, en un acto, dividida en cinco cuadros, original, en prosa y verso.

Chavea, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa.

La Sultana de Marruecos, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa. (*)

Las manzanas del vecino, cuento viejo en acción, en un acto, dividido en cuatro cuadros, en verso y con música. (*)

Los murciélagos, comedia dramática, en tres actos, cuatro cuadros, original y en verso. (*)

S. M. el Buro, fantasía cómico-lírica, en un acto, dividido en cuatro cuadros, original, en verso y prosa.

La víspera de San Pedro, sainete lírico en un acto, original y en prosa.

Charito, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en verso. (*)

El caballo de Atila, juguete cómico-lírico, en un acto, arreglado del francés, en prosa. (*)

Mañana será otro día, boceto cómico-lírico y casi filosófico, de tipos y malas costumbres, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en verso y prosa. (*)

El sueño de anoche, pesadilla cómico-lírica sin importancia, en un acto, original, en prosa y verso.

A vuela pluma, exposición cómico-lírica, en un acto y varios bocetos, original, en prosa y verso.

Madrid-Colón, humorada cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en verso y prosa. (*)

Los maestros cantores, revista cómico-lírica, en un acto, dividido en cuatro cuadros, original, en verso y prosa.

Año nuevo, vida nueva, fantasía cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original y en prosa.

La danza macabra, sueño cómico-lírico-tenebroso, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en verso y prosa.

Miss'Hisipí, humorada cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en prosa y verso.

Los cuentos del año, fantasía cómico-lírico-madrileña, en un acto, dividido en un prólogo y cuatro cuadros, original, en prosa y verso.

Crispulín, juguete cómico-lírico, en un acto, original, en verso y prosa.

Las hojas del calendario, revista cómico-lírica, en un acto, dividido en un prólogo y cinco cuadros, original y en verso. (*)

Los africanistas, humorada cómico-lírica, consecuencia de *El dúo de La Africana*, en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa. (*)

La romería del balcón ó el alquimista y las villanas y desdenes mal fingidos, presentimiento cómico-lírico y casi

3 0112 117458387

bufo del admirable sainete *La verbena de la Paloma ó el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos*, en un acto, dividido en tres cuadros, en verso y prosa. (*)

El primer amor, juguete cómico-inocente en un acto, original y en verso.

Eclipse de luna, opereta en tres actos y en prosa, arreglada del francés. (*)

El enigma, *(Le sphinx)*, drama escrito en francés por Octave Feuillet y arreglado á la escena española, en tres actos y en prosa. (*)

La Japonesa, extravagancia cómico-lírico-acrobática, en un acto dividido en tres cuadros, original y en prosa.

La boda de los muñecos, juguete cómico-lírico, en un acto, original, en prosa y verso. (*)

Madrid-Cómico, revista lírica en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en prosa y verso. (*)

Música prohibita, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en verso.

La lugareña, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa.

Charivari, revista cómico-lírico-fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en prosa y verso. (*)

El fraile descalzo, juguete cómico, en un acto y en prosa. (*)

¡Simón es un lila!, parodia lírica, en un acto y en verso, de la ópera *Sansón y Dalila*.

El tio Pepe, juguete cómico-lírico, en un acto, original, en prosa y verso.

El mentidero, revista cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original y en verso. (*)

Las de Farandul, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa.

El mentidero. (Refundición.)

Venus-Salón, fantasía cómico-lírica, en un acto, dividido en cuatro cuadros, original, en verso y prosa. (*)

El balido del Zulú, parodia de la zarzuela *La balada de la luz*, en un acto, dividido en tres cuadros y en verso. (*)

Condición humana, juguete cómico en un acto, original y en prosa.

La dolora, juguete cómico en un acto y en prosa, inspirado en una del ilustre Campoamor. (*)

Juan y Manuela, cuento de golfos en acción (imitado de la ópera *Juanito y Margarita*), en un acto dividido en cinco cuadros, en prosa y verso. (*)

Conito de nieve, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa. (*)

Venus-Salón. (Refundición).

El pícaro mundo, apropósito cómico-lírico en un acto, dividido en cuatro cuadros. (*)

Edem-club, apropósito cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros.

Vida galante, juguete cómico-lírico-transformista en un acto con prólogo.

¡¡Lagarto!!... ¡¡Lagarto!!... juguete cómico en un acto, escrito sobre el pensamiento de una novela italiana.

«La condesa X», comedia en dos actos y en prosa.

(*) En colaboración.